SARMIENTO Y LA INDUSTRIA

Cuando el 15 de octubre de 1871, Sarmiento inauguró la Exposición Industrial y Agrícola de Córdoba, primera en su género dentro del país, podía recibir la enorme satisfacción a la cual es acreedor un hombre que en la culminación de su vida ha logrado concretar un afán que persiguiera incansablemente.

Allí podía palparse la pletórica posibilidad que la agricultura y la industria ofrecían a un pueblo joven que aún no había superado la etapa pastoril. Allí estaba presente toda la riqueza de una nación que sólo necesitaba brazos y voluntades para trasformarla.

Sin embargo, Sarmiento seguía protestando. Le parecía muy pequeño el tramo recorrido, y no se le ocultaba que la Argentina continuaba siendo un enorme desierto que no se había aligerado todavía del pesado lastre dejado por una desastrosa colonización española.

España había fracasado y en América se perpetuaba su fracaso. Subestimó la industria por considerarla tarea innoble, y ahora sus hijos expiaban la culpa. La ignorancia, el fanatismo habían detenido al progreso. ¿Qué se logró con la expulsión de moros y judíos? La destrucción de la riqueza; de la verdadera, la auténtica, a la que llega el hombre trasformando las materias primas en productos manufacturados. Por ello, en esa agrupación de elementos que "revelan nuestro modo de ser presente", en todas esas cosas que mediando el trabajo, prometían medios de subsistencia para millones en el futuro, se notaban ausencias significativas. Una de ellas era el papel. En la Exposición no aparecen muestras del mismo, porque la Argentina, hija de España, aún no lo fabricaba. Entonces Sarmiento, para quien el papel es el pan de la civilización, vocifera contra España, por su ineptitud, su indolencia.

¿Qué había hecho la madre patria con la industria del papel? Los moros la introdujeron, la ejercieron y la convitieron en la máxima expresión de Europa. La decadencia de la industria comienza cuando ellos fueron expulsados.

Tampoco se ven vidrios, ni azulejos, ni muchos artículos más, imprescindibles al hombre moderno. Sin embargo la Exposición era instructiva; no solamente por la demostración de las riquezas que, encerradas en la tierra, esperaban el trabajo que las trasformarían, sino también por el valor que significaba el ensayo de una tímida industria que surgía, y más aún, por su misma deficiencia.

"¡Cuantas veces el silencio es más elocuente, la oscuridad más ilustrativa, el vacío más repleto, que las afirmaciones que aquellas no existencias niegan!" Cuanto más provechoso resultaba la descripción, no de lo expuesto, sino de lo que, echando de menos, no se encontraba.

Por eso tiene esperanza; piensa que esa exposición podría ser el comienzo de una regeneración social que mostrare el extraviado camino que se había tomado hasta el momento; y así poder evitarlo cuidadosamente en el futuro. Para reparar tales errores era necesario ensanchar el campo de acción; abrir rutas; construir vías férreas; traer inmigantes; intoducir maquinarias, que sirvieran como auxiliares del esfuerzo humano; trasformar en riqueza los dones naturales que la tierra generosamente ofrece; poner en actividad a todas las fuerzas vivas que yacían por culpa de la desidia y la ignorancia. Instalar industrias para crear riqueza en lugar de destruirla.

No era cincunstancial su pregonar en pro de la industrialización del país, ni tampoco proselitismo de un mandatario que en algún determinado hacer debe cimentar su obra de gobierno. Su concepción de la industria como motor que impulsa al progreso ya había madurado en su juventud cuando, infatigable periodista, volcaba en la prensa chilena todo su ardor de luchador. "Nosotros no hemos de estorbar la marcha de las ideas ni el triunfo de la justicia sino por la pobreza, por el atraso, por la falta de industria" —escribía en 1845—, y luego agregaba: "Promovamos estos puntos y habremos asegurado al país que habitamos nacionales y extranjeros, los elementos de toda libertad, el bienestar que permite el desarrollo y el cultivo de la inteligencia, el estudio de las ciencias y su aplicación a los negocios de la vida. Con ricos que son pobres, ni con inquilinos puede haber libertad".

Diez años más tarde, cuando su generación enfrenta ya la responsabilidad de gobernar un país, él sigue fiel a sus principios y al elaborar un plan de educación, selvicultura e industria pastoril, aplicable al estado de Buenos Aires, entre otros

conceptos, afirma: "Los países que, como Inglaterra, Francia, Estados Unidos, Chile, poseen minas de carbón de piedra, cuentan con elementos de poder mayor, que el que les dieran los placeres de California, o las minas de Méjico, porque la base de la riqueza de las naciones densamente pobladas está en las fuerzas naturales o artificiales que aplican a la producción. El mundo moderno está basado en la producción; la producción en la industria; la industria en las máquinas que centuplican las fuerzas; y las máquinas son movidas originalmente por agentes naturales, el agua o el fuego, cuyo poder reemplazando la fuerza de caballos, se mide por esta unidad de poder".

América Latina se encontraba prácticamente desprovista de industria. Era necesario crearla y cuidar su desenvolvimiento. Había que imitar a los pueblos anglosajones, no en lo que en ese momento estaban haciendo, sino en lo que antes habían hecho para llegar a tan alto grado de desarrollo; porque "las ideas económicas que en la práctica prevalecen en cada país y los principios de que emanan, nacen de la condición especial en que se encuentran, del estado de su industria, de su comercio y población; y más que todo, de la contextura interna de la sociedad; y sería un grave error aconsejar la adopción de sistemas económicos que reclaman hoy los pueblos más desarrollados en el mundo, a otros que apenas empiezan a ensayar sus pasos en la carrera del comercio y de la industria". Tal su pensamiento, escrito en *El Mercurio,* en 1844; y él, como americano, como nativo de un país subdesarrollado, sabía donde ubicarse; era proteccionista.

Las naciones provenientes del trono ibérico necesitaban urgentemente la sanción de leyes protectoras para su industria incipiente. Sin hábitos industriales, sin maquinarias, sin técnicos capaces, resultaba prácticamente imposible, de no mediar un decidido apoyo de parte de los poderes públicos, competir con las manufacturas elaboradas en el viejo mundo. Tal era el interés de los pueblos latinoamericanos, y las leyes debían ser dictadas en el sentido de favorecer las necesidades del momento, porque "...la legislación debe ocuparse de los intereses presentes y cambiar según que los intereses cambien".

Opina, sin embargo, que no se debe proteger a una industria nacional, recargando el costo de producción e impuestos a la comunidad, cuando con tal medida se beneficia, facilitándole la fortuna, a una veintena de fabricantes, la mayoría de las veces extranjeros. Es muy diferente, a su parecer, que una ley restrictiva tienda a la protección de una industria que, además de constituir la riqueza de un centenar de individuos, es el medio de subsistencia de varias provincias; porque si se da paso franco a la concurrencia extranjera que, merced a la per-

fección de su técnica, puede ofrecer en el mercado productos de superior calidad a menor precio, las consecuencias resultarían evidentes; las provincias que más cultivaran esos mismos ramos industriales sucumbirían en la competencia al no poder dar curso a la riqueza que poseyeran.

¿Cuándo y cómo debe aplicarse la protección? Resulta interesante conocer qué pensaba el joven Sarmiento al respecto. La ocasión para emitir su opinión se le presenta a raíz de una solicitud elevada al gobierno chileno por los fabricantes de muebles de Santiago, en el sentido de que se aplicase una escala más elevada a los muebles introducidos desde el extranjero. Dicha industria gozaba, desde hacía tiempo, de protección en el país, a pesar de la cual continuaba siendo cara y por consiguiente sumamente gravosa para el pueblo chileno.

En *El Mercurio* —edición del día 4 de abril de 1842—, Sarmiento aprovecha la oportunidad para emitir su juicio. Estima que en primer lugar existe la necesidad de recordar cuales son los fines primordiales que se consideran en una nación para fomentar un ramo cualquiera de industria. De tal premisa surge la consecuencia de "naturalizar sólidamente en el país" la fabricación objeto de protección hasta colocarla en situación de rivalizar ventajosamente con los productos similares de la industria extranjera; así el país se emanciparía gradualmente de la necesidad de consumir productos foráneos que podrían fabricarse en su medio, creando de esta manera capitales "con la acumulación de beneficios que produce una industria nueva, trasportando a los fabricantes nacionales las utilidades que reportan los fabricantes extranjeros que internan en Chile sus productos". Luego, en la medida de lo posible, abaratar gradualmente todos los productos industriales protegidos, "para asegurar a los consumidores beneficios directos, proporcionándoles dichos artículos al más cómodo precio posible".

Los muebles chilenos resultaban más caros que los importados. La mano de obra, además de mala, era más cara que la europea. Esa industria siempre había sido protegida y, sin embargo, no se lograba mejorarla ni abaratarla. Ante tal resultado el periodista se pregunta si se debía seguir protegiéndola, o dejar que subsistiera la concurrencia europea para aleccionarla y lograr su perfeccionamiento.

La deficiente industria de los metales también llama su atención; especialmente el cobre que tanto abunda en Chile. Un artefacto de cobre trabajado resultaba más oneroso que un igual importado. "Las manufacturas existentes de cobre, por la impureza del metal no refinado son groseras, débiles y finalmente costosas por el exceso de material que entra en ella".

El gobierno debía buscar arbitrios tendientes a fomentar la inmigración de buenos oficiales de Francia e Inglaterra, donde abundaban. Estos serían maestros de los nativos y con el tiempo el capital adelantado prácticamente sería reembolsado.

Mas, como todo hombre de acción, no podía limitarse a opinar sobre los hechos, sentía la necesidad de realizarlos. Es con ese fin que, encontrándose en Chile, funda y organiza la Sociedad Sericícola Americana, llevando con ello el propósito de darle impulso a la industria de la seda. Consecuente con ese fin introdujo de Francia una preciosa colección de capullos, clasificados desde los más imperfectos a los más selectos, a los efectos de compararlos con los chilenos y mendocinos.

Acerca de los propósitos y medios de la Sociedad Sericícola, escribe un artículo en *La Crónica,* del 20 de mayo de 1849, en él explica como, a su entender, el cultivo de la morera, "como industria agrícola y manual a la vez, entra en nuestros planes de transformación social, por la transformación de los medios de producir y el desenvolvimiento de la capacidad productora; lo que para nosotros importa introducción de nuevos brazos, inmigración, mejora de lo que poseemos por la educación y la industria".[1]

Producir una revolución en América. Romper viejas estructuras; mudar perniciosos hábitos. Trasformar la sociedad por medio de la industria.

Argentina está en América. Es un país muy extenso; goza de casi todos los climas. Es inmensamente rico; también sumamente pobre. Una gran superficie, muy pocos habitantes. Poblaciones diseminadas en el desierto, distantes leguas y leguas una de otra. País esencialmente pastoril; única riqueza explotada en gran escala, la ganadería; sin embargo ¡cuántas otras yacen en la tierra esperando el brazo que las trabaje! Mucho es lo que hay que hacer; pero previamente es necesario saber qué es lo que ya está hecho; con qué cuenta el país, qué recursos posee. Debe realizarse un inventario; es imprescindible efectuar un censo nacional. A esta tarea se aboca Sarmiento apenas asume la presidencia de la República.

Se ha dicho que el Censo Nacional de 1869 es el primer monumento estadístico de población realizado en el país.[2] Más aún merece tal calificativo si se considera la proeza que significaba concretar en esa época un trabajo de tal naturaleza en un país con vastas zonas incultas; comarcas que todavía no habían

1 Para los escritos de Sarmiento se han consultado los tomos 10, 12, 13, 21, 22, 23, 28, 29, 30, 36, 37, 41, 42, 44, 45, 48, 51, y 52, de sus *obras completas,* editadas en Buenos Aires a partir de 1896 y dirigidas por Belín Sarmiento.

2 El censo de 1869 dio una cifra total de habitantes de 1.877.490. En cuanto a cifras relacionadas con la industria no figuran en el mismo. Hay una lista de "profesiones" pero la misma no ofrece seguridad para un estudio serio.

sido arrancadas al salvaje; con una población de la cual las tres cuartas partes era analfabeta; sin técnicos suficientemente capaces para efectuar un relevamiento adecuado; deficientes comunicaciones y gran cantidad de dificultades más propias del momento en que se vivía. Pero el censo se realizó y hoy constituye el punto de partida para todos los cálculos estadísticos que puedan hacerse en el país.

La ganadería era riqueza evidente en algunas provincias. La agricultura ya tomaba forma en ellas y también en otras. Había quienes producían maderas, otras vinos y azúcar; ¿qué podían ofrecer Catamarca, La Rioja, San Luis? Tenían sus montañas y éstas encierran metales. Las minas podían representar para las provincias andinas lo que las vacas y las ovejas significaban para las litorales. Pero, ¿había tales minas en la República Argentina? Sí, mas era menester cerciorarse sobre la cantidad, capacidad y posibilidades de las mismas. Así fue como se comisionó al Mayor Ignacio J. Rickard para visitar esos lugares e informar al respecto. Rickard recorre las principales comarcas mineras del país andando 4320 millas durante un período de siete meses. Del informe presentado surge un balance satisfactorio. En las provincias de Catamarca, San Juan, La Rioja, Mendoza, Córdoba y San Luis existían en total 85 minas; de éstas, 28 eran de oro, 46 de plata, 11 de cobre. En cuanto a los establecimientos de fundición alcanzaban la cifra de 34 —13 para el oro, 15, plata y 6, cobre—. Los lavaderos de oro eran 28, todos se encontraban en San Luis. Los capitales invertidos ascendían a la cantidad de 1.431.325 pesos fuertes. El producto total de las minas, avaluados en $ F. 652.710, se componía de 105 kg de oro, 12.000 Kg de plata; 1400 toneladas de cobre y 2000 toneladas de plomo. Toda esa industria daba ocupación a 2.700 obreros.

También se intenta dar impulso a la explotación carbonífera, dictándose a esos efectos la ley 8198 —el 10 de octubre de 1870—, de fomento a la explotación de minas de carbón, estableciéndose un premio de $ 25.000 al descubridor de una mina de carbón.[3]

Es evidente las posibilidades que ofrecía la minería argentina. Lamentablemente su desarrollo fue frenado. Referirse a las causas, analizando los intereses económicos de las clases dirigentes que frustraron la evolución de una industria tan vital, no forma parte de este trabajo; por lo demás ha sido suficientemente tratada por especialistas en la materia.

Comenzó este trabajo ubicando a Sarmiento en Córdoba. Se analizaron sus palabras y fuimos en busca del Sarmiento

3 En 1867 Klappenbach había descubierto carbón en Marayes.

joven que en las columnas periodísticas escribía sobre la industria. Desde allí seguimos su derrotero. Llegó la presidencia, y con ella el deseo enorme de convertir en hechos sus ideas. El censo; la expedición Rickard al interior; la extensión del telégrafo, las líneas férreas; el fomento de la inmigración, y muchas cosas más, constituyen la concreción de su acción; también lo fue la exposición de Córdoba; volvamos, pues a ella. ¿Qué significado tenía? ¿Qué perseguía? Avellaneda había dicho que una "exposición en la América del Sud no es un fin, sino un principio, no una civilización que forma el catálogo de sus progresos, sino la primera manifestación de la civilización naciente..."

Ya el decreto que anunciaba su preparación aclaraba, después de afirmar que la exposición de productos naturales o manufacturados ha sido siempre causa de un mayor desenvolvimiento de la producción, que su utilidad crecía en el caso de pueblos nuevos que necesitaban no solamente mostrarse al extranjero, sino también conocer sus propias fuentes de riqueza, siendo este conocimiento el mejor incentivo que podría ofrecerse al capital.

Sarmiento quería eso, saber con que se contaba y mostrarlo al mundo como un haz de posibilidades que atrajera la inversión de capitales con fines productivos.

La ocasión se presentaba propicia para fines de 1869. El ferrocarril Central Argentino inauguraría la línea de Rosario a Córdoba y era lógico esperar que tan importante acontecimiento llevara a la capital mediterránea una gran cantidad de personas, las que podían sentirse atraídas ante la presentación de un espectáculo tan útil y práctico como es una exposición.

Montarla era tarea nada fácil por cierto. Una nación aún no pacificada, pocos fondos, mucha incomprensión. Pero la exposición se haría. Bien o mal, pero se haría.

En primer lugar debía solicitarse al Congreso la autorización para invertir de rentas generales hasta la cantidad de $ F. 200.000. En diputados —sesión del 11 de junio de 1869— Mármol se opone. El país tiene muchas deudas. En lugar de exponer los productos es necesario crear las condiciones para que los mismos puedan ser comercializados en el exterior. No existen vías de comunicación adecuadas para llegar a Córdoba. Piensa que no tiene sentido una exposición fastuosa ante necesidades extremas.

Avellaneda —ministro de Instrucción Pública— que está en el recinto, asume la defensa del Poder Ejecutivo. Afirma que ese es el momento más oportuno por la crisis industrial que vive el país, y considera que entonces más que nunca es necesario que éste sufra una trasformación. Estima que nunca se ha

presentado una ocasión tan favorable para conocer y clasificar los productos argentinos, poniéndolos en contacto con el trabajo y el capital, que formarían con ellos nuevas industrias.

El autor de *Amalia* quiere interpretar al Poder Ejecutivo. Estima que éste desea saber cuales son nuestros productos y ver si es necesario su trasformación; entiende que se quiere trasformar la industria pastoril en agrícola. Considera que es una utopía pretender cambiar la industria ganadera argentina por el cultivo del trigo y del maíz. Afirma que la industria pastoril a pesar de las malas condiciones en que se encuentra es mejor que la agrícola.

Pregunta al ministro de donde va a sacar el dinero para pagar esos gastos si no lo tiene para pagar las deudas.

Agrega que en Córdoba no hay comodidad ni capacidad para albergar a mil personas. "No he estado en Córdoba, pero he oído decir que no hay más que dos hoteles".

Vélez Sársfield se enoja; afirma que hay muchos más. "El señor diputado nunca sabe nada del interior, es una desgracia".

Finalmente el proyecto se aprueba por 27 votos contra 7.

Para dirigir todos los trabajos preparatorios de la Exposición se nombra una comisión[4] y por intermedio del Ministerio de Instrucción Pública se remite una circular a los gobiernos provinciales explicándoles cual es el fin práctico de las exposiciones, que no es otro que el de dar a conocer donde se producen en mayor cantidad los productos de mejor calidad y más bajo costo; y sobre la necesidad de generalizar ese conocimiento para que el capital y los inmigrantes, tan necesarios al país, vengan. Se constituyen también comisiones provinciales, y con el propósito de atender sus gastos se destinan doscientos pesos bolivianos para las mismas.

Se designa al ingeniero Monetta para confeccionar los planos del edificio, aprobándose los mismos el 31 de agosto de 1869. En la misma fecha se confirma el lugar donde funcionará la Exposición. Es en la quinta del señor Nicolás Peñaloza en las inmediaciones de la ciudad de Córdoba. Se firma contrato, obligándose el gobierno a pagar once mil pesos bolivianos por un año de alquiler (seis mil pesos el Gobierno Provincial y cinco mil el de la Nación), en caso de extenderse el plazo fijado se abonarían a partir de entonces $ F. 250 por mes.

4 La comisión directiva encargada de organizar la Exposición de Córdoba, estuvo integrada de la siguiente forma: presidente: Eduardo Olivera; Vicepresidente: Bernardo de Irigoyen; tesorero: José Martínez de Hoz; vocales: Germán Burmeister, Manuel Ocampo, Manuel A. Montes de Oca, Gervasio A. de Posadas, Rufino Varela, Enrique Zimmermann y Emilio de Alvear; vocal secretario: Alvarez de Arenales.

Ahora bien, había que construir el edificio y el país no contaba con materiales ni técnicos para realizarlo. La construcción se contrata en Estados Unidos, encargándose de las gestiones pertinentes el ministro en ese país señor Manuel R. García, con quien colabora el cónsul general de la República, señor Davison.

El edificio sería de madera —pino blanco— y se armaría en Córdoba, viniendo al efecto un técnico norteamericano.[5] Su costo: 32.800 dólares, es decir, $ F. 36.165,42. Los materiales serían entregados antes de la fecha indicada para la inauguración de la exposición, y entre los mismos no figuraban pinturas, clavos ni pernos; no porque nuestro país los tuviera, sino porque el señor García estaba autorizado a comprarlos donde mejor le pareciera. Se adquieren en Inglaterra, junto con los techos, cristales y otros accesorios, por un precio total de $ F. 4.078,62.

Diversos motivos fueron postergando la inauguración de la Exposición; el más grave de ellos la peste amarilla que asoló por entonces el Río de La Plata. Finalmente quedó establecida como fecha inamovible el 15 de octubre de 1871. Con anterioridad se había fijado el día 15 de diciembre de 1870 para realizar en los campos de experimentación de Río Segundo, un ensayo de máquinas agrícolas, programado con el objeto de presentar en actividad y de un modo práctico los diversos métodos que debían emplearse para aumentar la producción del país.

Dicho ensayo constituyó todo un acontecimiento. Por primera vez se presentaba la oportunidad de contemplar en conjunto y en acción una maquinaria tan moderna y diversa. Allí se veían doce sistemas de máquinas de segar; seis trilladoras, tres de ellas de vapor; más de cincuenta arados de diferentes marcas; un gran número de sembradoras, carpidoras, y varios instrumentos más.

El campo de ensayos fue dividido en cuatro secciones, respondiendo a las grandes subdivisiones de las faenas rurales.

La primera sección se destinó para trabajos de preparación del terreno, sembradíos y cultivos de la tierra. Comprendía los instrumentos siguientes: arados, rastras, rodillos, sembradores, aporcadores, carpidores, corta raíces.

En la segunda sección se utilizaron los instrumentos destinados a recoger los productos del suelo: segadoras, guadañadoras, rastrillos para levantar la paja, horquillas, rastrillos de mano, carros para la conducción de las cosechas de toda clase.

5 Vinieron dos maestros carpinteros, a los que se les pagó $ 300 oro a uno y 200 al otro, desde el momento de su partida de Nueva York.

La tercera para entregar al comercio los productos obtenidos por medio de los anotados en la segunda sección: trilladoras, aventadores, motores de vapor, prensas para pasto, desgranadoras de maíz, balanzas y básculas, carros para agua.

En la cuarta sección, objetos varios: cortadores de paja, picos, palas, azadas y azadones, máquina para hacer manteca, etc.

Las máquinas segadoras tomaron parte en un concurso haciendo un recorrido de trescientos metros de largo por diez de ancho. Estas máquinas, manejadas por un solo hombre, eran tiradas por dos caballos. Compitieron al mismo tiempo doce trabajadores con una hoz en la mano. El resultado dio la proporción de treinta y cinco segadores por máquina.

Resulta obvio señalar que la maquinaria en cuestión era de fabricación extranjera.[6]

Una gran construcción de madera, 118 metros de largo por 32 mts. de ancho, servía de local para la exposición. Su interior había sido dividido en tres naves, la principal de las cuales tenía un ancho de 8,60 mts; las laterales 5,70 mts. Cincuenta y seis columnas de madera, de una sola pieza, sostenían el techo de la gran nave del centro y también de las laterales. El piso era de tablas, y su espesor de siete pulgadas. La superficie total cubierta: 2.786,49 mts^2.

A las catorce horas del día 15 de octubre de 1871 se producía la inauguración. Estaban presentes, Sarmiento y sus ministros Avellaneda y Vélez Sársfield; el Obispo de Córdoba; representantes diplomáticos; gobernadores; senadores y diputados, nacionales y provinciales.

Pues bien; ahora cabe preguntar: ¿qué se exponía en Córdoba? La nómina que sigue da la respuesta:

Buenos Aires: Muebles diversos, guitarras, artículos de seda, zapatos, maletas, botas y otros artículos de cuero; objetos de mimbre; carnes en conserva; vinos; licores; jabones finos; artes gráficas.

Córdoba: Productos textiles, entre ellos las ya afamadas frazadas de Tulumba; calzados; materiales de construcción; almidón; harinas. También una máquina de lavar, hecha con maderas del país y expuesta por su fabricante, Jaques B. Starkweather.

Tucumán: Cigarros y aguardientes; azúcar; materiales de construcción; tejas, tejuelas y baldosas.

Corrientes: Fibras textiles; tabacos; tinturas; tejidos de algodón; yerba mate; cerámicas.

6 Los principales expositores eran los señores Wheelwright y Cía., de Rosario; Belisario Roldán, Buenos Aires; y Santiago Temple y Cía., Córdoba.

Santa Fe: Fideos; cerveza; tejas y ladrillos; botines; maderas del Paraná; cemento portland; artefactos de hierro y bronce; harinas.

Mendoza: Vinos; licores; cerveza; minerales; tejidos de algodón; aceite de oliva, petróleo natural; fibras de cáñamo; capullos de seda.

Jujuy: Azúcar; casimires, ponchos, frazadas; petróleo crudo, sal de roca; vinos; arenas auríferas.

Entre Ríos: Carnes preparadas; baldosas.

San Juan: Vinos; aguardientes, de trigo, cebada y maíz; pasas de uva; sombreros de fieltro; colecciones minerales; metales; carbón de piedra. Una máquina de estirar alambre, inventada y expuesta por Juan Rabié.

Catamarca: Ladrillos refractarios; aguardiente; jabones comunes; tejidos de lana y algodón.

La Rioja: Tejidos de lana y algodón; minerales; vinos.

Salta: Cueros trabajados, de vicuña, cabra, oveja y guanaco; hulla, petróleo crudo; tejidos de vicuña; azúcar; vinos; minerales diversos; tabaco.

San Luis: Minerales; sal; arenas auríferas; cobre; tejidos.

Santiago del Estero: Yerbas medicinales; tejidos; harina.

El sector ocupado por Buenos Aires abarcaba una superficie de 278,47 mts^2. Las provincias de Entre Ríos y San Luis la menor superficie, 38,11 mts^2 cada una. De los otros países Inglaterra ocupaba la mayor superficie, 322,28 mts^2, Chile la menor, 27,73 mts^2.[7]

De una atenta lectura de la nómina expuesta puede deducirse que la industria, en el sentido moderno del vocablo, prácticamente no existía en el país. La mayor parte de los productos presentados no debían su origen a un proceso manufacturero y fabril, sino a un trabajo de características artesanales. Casi todas las provincias exhiben tejidos, mas los mismos fueron confeccionados en primitivos telares. Hay artículos de cuero, pero constituyen la obra de hábiles artesanos.

Existían ya en el país algunas industrias básicas regionales: la de los saladeros, los vinos, azúcar y yerba; pero sus métodos de elaboración eran anticuados. Recién en 1879 se mecaniza la industria azucarera; hasta entonces se usaban los pequeños trapiches artesanos.

Claro ejemplo de la falta de mecanización de la industria argentina es el hecho de que las máquinas expuestas son todas extranjeras, y si aisladamente aparece una máquina de lavar

7 También participaron de la Exposición Alemania, Italia, Francia, Bolivia, Brasil y Estados Unidos.

u otra de estirar alambre, las mismas son el resultado de una habilidad individual y no de una producción en serie.

Los objetos naturales abundaban; muestras de minerales, petróleo crudo, hulla, tabaco, algodón, etc., justificaban con su presencia los propósitos de la Exposición: demostrar los recursos que poseía el país y las enormes posibilidades que su aprovechamiento depararía.

Se deseaba que la Exposición Nacional fuera el fiel reflejo de la situación económica del país. Los productos presentados ilustraban al respecto, pero también eran necesarias las estadísticas. Con tal fin se organizó un concurso de "Memorias". Las mismas debían consistir en un estudio, lo más completo posible, del estado social y económico de alguna región, provincia o municipio. Los trabajos presentados resultaban sumamente interesantes porque de algunos de los mismos pueden extraerse conclusiones acerca de cual era el grado de desarrollo alcanzado por la industria en el interior del país.[8]

El primer premio fue adjudicado a Rafael S. Igarzabal, por su trabajo: *La provincia de San Juan en la Exposición de Córdoba.* Es sumamente ilustrativo reproducir un cuadro confeccionado por el autor, referente a los establecimientos industriales radicados en la provincia en 1870.

Establecimientos	*Cantidad*	*Trabajadores*
Bodegas	221	663
Alambiques	173	192
Molinos	42	74
Panaderías	10	48
Lecherías	14	31
Alfarerías	4	26
Colmenas	2533	104
Hornos de cal	14	42
Barracas	5	30
Canteras	5	15
Jabonerías	20	82
Hornos de ladrillos	24	57
Total:	3055	Total: 1364

Naturalmente no debe tenerse en cuenta el total de la primera columna, pues 2533 colmenas no constituyen igual número de establecimientos. Hecha esta salvedad y efectuada la deducción pertinente, puede observarse, relacionando la cantidad de estos últimos con el número de trabajadores allí ocupa-

8 Los referidos trabajos fueron publicados en los volúmenes 5, 6 y 7, del *Boletín de la Exposición Nacional de Córdoba,* editado en Buenos Aires, bajo la dirección de Bartolomé Victory y Suárez, entre los años 1869 a 1875.

dos la insignificancia de la industria sanjuanina si así puede llamársela.

El valor total de la producción se calculaba en $ 3.654.659 bolivianos. En cuanto a la importancia de las industrias nombradas ocupaba el primer lugar la producción de harina; le seguían, el vino, pan, velas y aguardiente.

La elaboración de jabón era reducida, sin embargo, cierta cantidad se exportaba a Chile. La producción de aceite de oliva se calculaba en mil frascos por año, y su valor en $ 5.000.

Además funcionaba un establecimiento para la crianza y explotación del gusano de seda. Pertenecía a la firma Albarracín Langoni y Cía., y su instalación se remontaba al año 1835; en 1851 había dejado de funcionar, siendo reestablecido en 1865.

El autor manifiesta que el negocio de barracas es muy mezquino, y que no existe en toda la provincia ningún establecimiento fabril "formalmente planteado" para la fabricación de telas.

Tres tipos de establecimientos predominaban en la provincia de Salta constituyendo la base de su industria: las curtiembres, las haciendas de caña de azúcar y los viñedos. Los cuadros siguientes ilustran a ese respecto[9]:

CURTIEMBRES

Cantidad	*Suelas*	*Becerros*	*Cueros varios*	*Exportación de suelas*
21	48.100	8.900	2.343 docenas	38.400

HACIENDAS DE CAÑA DE AZUCAR

Cantidad	*Arrobas de azúcar*	*Cargas de miel*	*Cargas de aguardiente*
18	10.000	5.000	3.000

VIÑAS

Cantidad	*Cargas de vino*	*Cargas de aguardiente*
65	5.198	745

Gran parte de la producción de suelas se enviaba al litoral y a Bolivia.

9 Transcripto del trabajo de FRANCISCO HOST: *Descripción de la Provincia de Salta,* publicado en el volumen 6 del *Boletín de la Expocisión Nacional de Córdoba,* Buenos Aires, 1873. Las cifras dadas deben ser consideradas como producción anual.

En cuanto a los recursos técnicos que poseían las curtiembres basta mencionar que solamente una de ellas contaba con una máquina de vapor, utilizadas en tareas de secado y molienda.

Los establecimientos azucareros eran más impotrantes y su poducción se aproximaba más al rango de manufactura industrial. Por otra parte esta industria hacía prosperar a otras, como ser: fábricas de materiales, tonelerías y fundiciones.

Otra pequeña industria era la de cigarros de papel, ejercida casi exclusivamente por mujeres.

La fabricación de jabón era mezquina, sin embargo, como en San Juan, se exportaba una cierta cantidad; en este caso a Bolivia.

En toda la provincia se encontraba un solo molino de vapor.

Con respecto al algodón es de interés referirse a unas muestras enviadas a Sarmiento por un salteño llamado Prudencio Palacios. En la nota que las acompaña —de fecha 31 de enero de 1869— el remitente, luego de hacer el elogio del destinatario llamándolo "el ardoroso *Apóstol,* propagador y protector de toda industria nueva y útil al país", se vanagloria de ser el primero en la república que ha emprendido el cultivo e industrialización del algodón. Afirma que su producto es superior al común de los Estados Unidos y Brasil, y que en ocasión de un viaje realizado a Inglaterra, con el propósito de adquirir máquinas, había llevado una muestra de su algodón, y los fabricantes de Manchester le ofrecieron precios más altos que los pagados a los países citados.

Anuncia haber traído siete máquinas de Inglaterra, pero que con el trabajo de las mismas no pudo hacer otra cosa que el "pábilo para la vela de sebo o sea solamente un hilo grueso, del cual me permito enviarle una muestra, juntamente con algodón en bruto".

También había traído un maquinista inglés, y cuenta que bajo su dirección se educaron "varios jóvenes hijos del país". El extranjero ya no estaba pero sus jóvenes discípulos no lo necesitaban puesto que habían aprendido perfectamente a manejar la máquina.

Dice que su ejemplo había cundido y otro señor se encontraba ya en Europa con el fin de adquirir maquinarias e instalarlas en Jujuy.

Las provincias del norte si bien no disponían aún de una adecuada industria textil, estaban ya en la tarea de cimentar su base.

La caña de azúcar también abundaba en Tucumán. Cuarenta y cuatro establecimientos la producían y elaboraban.

Otra industria de cierta importancia en esta provincia era la del curtido. Cuarenta y cinco establecimientos producían de 55.000 a 60.000 suelas por año; la mayoría de las cuales se destinaban a las provincias litorales.

Córdoba también proveía de calzados a las provincias vecinas. Además iba tomando cuerpo la industria de la cal, producto que era absorbido principalmente por las ciudades de Buenos Aires y Rosario.

Buenos Aires se encontraba en diferente situación. La ganadería, el puerto, el comercio, la habían colocado en una posición de privilegio. Se vive otra atmósfera, existe otra conciencia. Sin embargo estaba lejos aún de ser una provincia industrializada. Frente al interior sobresale. Proyectada hacia el exterior no es más que la primera provincia de un país atrasado. Su ciudad capital no ha adquirido aún la fisonomía de gran urbe que comenzará a tener una década más tarde, pero dentro de su perímetro va aumentando el número de talleres. La gran fábrica, con concentración de máquinas de diferente tipo, crecido número de obreros y producción en serie de diversos artículos todavía no se hallaba en Buenos Aires; pero en el taller toma forma la manufactura; existe la división del trabajo, obreros de distintos oficios trabajan bajo un solo mando. La producción ya es de tipo capitalista.

En el interior dos industrias reunían esas características; la vitivinícola y la azucarera, tal vez también la de la yerba mate; pero en ellas todavía predominaban sistemas anticuados de producción.

Buenos Aires tenía los saladeros, la principal industria del país y la única dirigida hacia la exportación[10]; en tanto sus talleres producían mayor variedad de productos.

Con once fundiciones contaba Buenos Aires. De ciento noventa y dos herrerías, una construía máquinas —sobre la calidad y potencialidad de las mismas no hay que hacerse ilusiones estimándolas desde un punto de vista moderno—. Había catorce molinos, igual cantidad de fábricas de fideos, una de galletitas y dos de tallarines. Dos fábricas de aceite, cuatro de jabón y dos de velas. Una fábrica de calzado, otra de guantes. Dieciocho de muebles; cuarenta y siete de carros y doce de carruajes. Otra cifra importante es la de licores, alcanzaban a dieciséis. A la nómina habría que agregar refrescos, almidón, billares, cal y una variedad mayor aún.

10 Los saladeros son los primeros establecimientos que concentran una cantidad considerable de trabajadores. El producto final obtenido no es la obra de un solo operario, sino la suma de distintas labores específicas que se complementan entre sí. Ver: GIBERTI HORACIO C. E.: *Historia Económica de la ganadería; argentina,* Raigal, Buenos Aires, 1954.

Las cifras y denominaciones expuestas están dadas por el Registro Estadístico de la provincia de Buenos Aires, correspondientes al año 1872; respecto a su valoración cabe para ellas la misma observación efectuada más arriba sobre la herrería que construía máquinas.

Tal era, a grandes rasgos, la situación industrial del país gobernado por Sarmiento. De allí su determinación de superarla.

Prudencio Palacios, el algodonero salteño, le había llamado propagador y protector de toda industria nueva y útil al país. Quizá ningún adjetivo podría calificar con mayor exactitud que éstos su continuo bregar en pro de la industria nacional. Siempre puso, tanto en la exposición como en la concreción de sus ideas, toda su vehemencia, ardor y entusiasmo. Ese juvenil entusiasmo que le hacía correr presuroso, llevando su aliento, hacia donde se levantara cualquier empresa progresista.

Así fue como una tarde de agosto de 1873 estuvo por las inmediaciones de la plaza Retiro a los efectos de inaugurar una fábrica textil.

Esta fue la Sociedad Anónima Industrial del Río de la Plata, primer establecimiento moderno para la fabricación de tejidos de lana en el país. Como capital de la empresa se había designado la cantidad de $ 4.000.000 en acciones de $ 5.000 cada una. El total de acciones suscriptas: 432, representando pesos 2.160.000. El comienzo no era por cierto muy halagüeño, pero el tesón de sus directivos llevó adelante la empresa. Más tarde la Legislatura de la Provincia aprobó la inversión de $ 20.000 fuertes en acciones, y siguiendo su ejemplo el Congreso nacional votó $ 10.000 fuertes. Además, el gobierno nacional declaró exentos del pago de derechos de aduana a los útiles y maquinarias importados; esta actitud significó para la sociedad un ahorro de casi $ 8.000 fuertes.

Muchas dificultades debieron vencerse para la puesta en acción de esta fábrica, pero el 20 de agosto de 1873, a las dos de la tarde, luego de unas breves palabras del presidente de la República y del gobernador de la provincia, una máquina de vapor, de 30 H.P., comenzó, ante la expectativa general, a mover los diecinueve telares con que contaba la empresa.

Su personal se componía de sesenta operarios —la mayor parte de ellos mujeres y niños—. La primera producción dio pérdidas; al poco tiempo se obtenían ganancias, aunque muy insignificantes.

Innumerables inconvenientes, entre ellos la competencia que le hicieran los tejidos británicos, frustraron a esta industria.

Pocos años después sus dificultades llegaban a un punto crítico y en 1879 quebraba.[11]

Llega 1874 y Sarmiento deja la presidencia. De vuelta al parlamento y al periodismo. Ya no ejecuta, pero propone y critica.

El Nacional vuelve a tenerlo como redactor. Un día es un artículo referente a una fábrica de botellas que debía instalarse en Mendoza. En Cuyo se encuentra todo lo necesario para la fabricación del vidrio; allí hay cal, potasa, arena blanca de sílice, y artífices de sobra para ejecutar la obra. Pero el capital no aparece; los poderes públicos muestran indiferencia y la fábrica no se instala; entonces se enoja.

En otra ocasión se refiere a las estadísticas de 1876 y 1877, referentes a cifras de importación de mercaderías extranjeras; ahora se alegra, porque a través de ellas nota un progreso en la industria del país. Pero inmediatamente protesta contra el sistema rentístico vigente, que hacía posible la paradoja de que un hecho auspicioso, el desarrollo de la industria nacional, sirviera para restar numerario a las rentas de la Nación. Dice que al elaborarse productos que antes se importaban, lógicamente había decrecido la importación de éstos, y como no existía un sistema de impuestos a la producción local las rentas del Estado disminuían.

Era el mismo de siempre, y lo seguiría siendo hasta su muerte. En 1886, casi al final de su vida, visita ingenios en Tucumán y se detiene a observar las construcciones obreras que surgían

11 Como datos ilustrativos es interesante consignar algunos detalles referentes a esta industria textil.

El edificio que ocupaba la fábrica, incluso el terreno, insumió la cantidad de $ 1.978.551. El costo de la maquinaria, incluído comisión, flete, traslado, instalación, ajustes y otros conceptos: $ 1.292.698.

Las máquinas adquiridas eran las que se mencionan a continuación: una de lavar; una de secar; una batido; una desmotadora; un diablo y aceitadora; tres cardas-emborradera, repasadora, refinadora; tres tornos de hilar; un urdidor; una encoladora; una plegadora; una de vestir las cardas; una de esmeril; dieciséis telares metálicos; tres telares metálicos sistemas Jacquart; dos batanes; una limpiadora; dos perchas; dos tundidoras longitudinales; una tundidora transversal; una lustradora; una máquina de taladro y otra de cortar correas. Dos calderas y máquina completa de vapor.

Estuvo integrada por 252 accionistas. Presidente del Directorio fue Miguel de Azcuénaga; más tarde lo reemplazó Miguel Esteves Saguí, hasta entonces vicepresidente. Completaron la comisión directiva, Martín Berraondo, Mariano Atucha, Federico Terrero y Mariano Unzué.

De la tercera memoria, presentada a la asamblea general de accionistas, en abril de 1874, se extrae la jugosa información que sigue: "...después de tantos esfuerzos y contratiempos es tan positiva [la existencia de la industria] como que están ahí sus productos para demostrar todo lo que puede ser posible y fácil en adelante.

"Pretende como empresa nueva en el país, luchar contra la competencia extranjera lo que considera difícil, por cuanto durante algún tiempo ni dos establecimientos podrían conseguirlo.

"El principal inconveniente es la falta de capital para la explotación. En el capital fijo ha tenido que emplearse casi todo el de la sociedad. Por eso es que de él tenemos lo suficiente; mientras que por falta del otro, el Congreso ha tenido que marchar de ahogo en ahogo".

junto a las fábricas. Nota como el progreso que trae la industria logra civilizar a gente inculta, "...hubimos de llegar al fin y el espectáculo que nos ofreció el establecimiento es para levantar el corazón, y confiar a la industria moderna la dirección de las sociedades, como los griegos lo intentaron con el cultivo de la belleza, como el cristianismo con los preceptos morales, que en dieciocho siglos hicieron poca mella al mundo, hasta que la mejora material de la condición del individuo y las libertades políticas han venido en nuestro tiempo a prestarle su auxilio".

Sí, no se puede predicar educación si previamente no se mejora la condición material del hombre. Es iluso pretender la elevación moral de quien aún no ha satisfecho sus necesidades materiales. Establecer industrias, crear fuentes de trabajo y con ellas llegar a la ocupación plena. Entonces un país progresará, y el hombre, que antes no pensaba más que en comer porque lograrlo le insumía todo su tiempo, podrá ya pensar en otras cosas. Así se irá educando; y si él ya no está en condiciones de hacerlo, lo harán sus hijos, liberados de la miseria que embrutece.

Ese su pensamiento; tal su ubicación. Una sociedad pastoril no constituye el medio propicio para que el hombre pueda liberarse. En cambio una industria sí; ella produce bienes y éstos originan riqueza; entonces las industrias se multiplican creando trabajo. Con el trabajo se llega al progreso.

Ya lo había dicho años atrás cuando trataba de darle impulso a la industria minera:

"Poned, decía un profundo observador, una iglesia a cada cuadra, para inspirar el sentimiento religioso al pueblo, y si no le dais de que vivir serán una banda de ladrones. ¿Qué ha de hacer un hombre en La Rioja? ¡Trabajar! Pero trabajar, ¿trabajar en qué? La tierra no es suya; nadie la ocupa, porque no la necesita; y él no sabe un oficio que si supiera sería solo para matar el hambre. El telégrafo nos avisará luego desde Jujuy y Mendoza que todos los pueblos del tránsito vejetan, salvo cuando se matan entre sí, o roban en los caminos a los que trabajan. Impulsemos el trabajo de minas; seis provincias están ahí para moverse".

"Las minas son hoy el fuego que conduce a los pueblos al desierto para poblarlo; y como requieren inteligencia, civilizan a la par que pueblan, como pide máquinas, y dan productos pesados y valiosos, señalan la dirección de los ferrocarriles y del comercio. Sobre todo, esas minas son la poesía del pobre, la piedra filosofal del ignorante, ante ellas todos son iguales; basta pedir una veta para creerse rico; pero basta dar un feliz barretazo para serlo en realidad".

En su discurso, pronunciado al inaugurarse la Exposición de Córdoba, se refirió a California, y dijo como en ese estado norteamericano la situación, veinte años atrás, era parecida a la nuestra; "la tierra dividida en estancias y el habitante a caballo se llamaba ranchero; sin embargo el año anterior se produjeron treinta y tres millones en máquinas y tejidos de lana y seda. Hubo gran progreso de su agricultura y sus minas proveen de oro, plata y azogue al mundo.

"Sus frazadas han desplazado a nuestras lanas de los mercados americanos.

"La industria ha hecho aquella transformación; y veinte años han bastado para que en aquel extremo de la América se haga lo que en tres siglos no fue parte a realizar la colonización sin artes industriales en el resto del continente que fue español.

Más adelante dice que "cuando ha oído los gritos de mueran los salvajes unitarios, o el estrépito de los caballos en la pampa o el gemir de las víctimas o el clamor de los que quedan arruinados le ha parecido también oír un grito más noble más justo "dadnos educación y dejaremos de vagar por la inculta Pampa; dadnos una industria cualquiera y nos veréis a vuestro lado creando riquezas en lugar de destruirla..."

Muchas veces lo dijo: "educar por medio de la industria"; y su frase tenía la fuerza de una sincera y arraigada convicción. No fue idea de un momento, le perteneció y la manejó durante casi cincuenta años. Fue un enamorado de su siglo. El ruido de las máquinas, el correr de las locomotoras, el humo de las fábricas fueron poesía para sus sentidos. ¡Todo eso era progreso!, y el hombre, con su saber y tenacidad lo perfeccionaría más aún hasta llevarlo a alturas inimaginables.

Bien ganado lleva el título de campeón de la educación. Pero no es educador quien solamente funda escuelas, sino también el que sabe como hacer que todos lleguen a ellas, y que debe enseñarse en sus aulas. Lo primero significa bienestar económico; lo segundo, enseñanza formativa, útil, aplicada al progreso de la sociedad.

Sarmiento lo sabía. Allí están sus escritos, sus discursos, su acción para demostrarlo. Si fue un gran maestro, también fue un aprovechado alumno. Aprendió cual era el camino, y supo como marchar por él.

Lo más asombroso de su genio es que a setenta y tres años de su muerte su pensamiento tenga plena vigencia. Que sea tan actual, mucho más que el de algunos políticos contemporáneos nuestros que suponen haber asimilado sus enseñanzas.

Ese es su mérito, de allí la necesidad de admirarlo.

JOSÉ PANETTIERI.